

Resuelva el siguiente
crucigrama sabiendo
que a igual número
corresponde
igual letra.

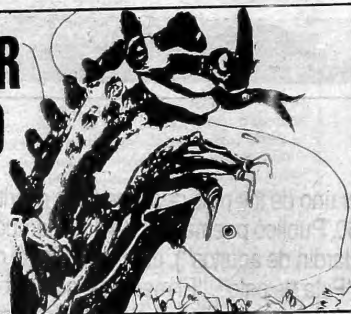
3	4	5	6	7	1	8	9		7	5
9	10	4	11	9	2	8		1	5	4
5	4	12	1	2		8	6	12	1	5
	2	13	8	1	2			11	1	11
2				7	4	8	1		9	2
	4	2	14	9	7	1	15	1	2	
3	9		9	2	1	11		5		9
9	7	1	2		11	6	16	4	11	1
7	4	5	6	2		12	9	14	1	2
9	8	1		4	17	9	7	1	2	4
2	9			14	6	8	1	2	4	9

**SOLUCION
MARTES**

S	A	L	O	N		P	A	P	E	L
O		E	M	E	R	I	T	O		I
L	A		I	T	A	L	O		U	D
		D	O	T	A	B	A	M	O	S
C	A	S	I		O		O	D	A	S
A	L	E	R	O		O	S	E	R	O
P	I	O		S	E	R		R	A	S
I	D		R	A	M	A	S		S	E
T		P	E	R	I	T	O		S	G
A	C	O	M	E	T	E	D	O	R	A
L	O	R	O		E		A	S	A	R

EXPULSAR EL DAÑO

Página/2/3



Verano/12

(Por Claudia Selser) Mirta había decidido no contestar el teléfono. Congelada junto al segundo cenicero repleto, repasaba una y otra vez la situación. ¿Cómo había llegado a ese estado de trapo de piso? Ella, que había podido sacar a flote a sus tres hijos cuando su marido aceptó el trabajo en la agredaduría militar en Venezuela cambiando la diaria llegada vespertina por un cheque bimestral de 150 dólares. Ella, que había comenzado como promotora de Avon a domicilio y era ahora auditora de ventas.

No iba a contestar aunque sonara toda la noche. Después de todo, no habían pasado más de cuatro meses desde la fiesta de Malala, cuando Daniel le había apretado la cintura con descaro serenos después de que los presentaran. Con ese vestido tan ajustado y tan negro son más verdes tus ojos, le había dicho contra el ascensor del departamento frente a la Plaza San Martín. "Míra como me gustarías que sos la primer mujer que permito que fume en mi cuarto", le había dicho también después de hacerle el amor con una fogocidad que ella desconocía. Allí, desnudos entre sábanas descorridas, el humo del cigarrillo la había convertido en única. Única, pensó, como en un gran espejo.

Ahora se ve llegando aquellas primeras noches siempre ajustada y de negro, golpeando la puerta de la que nunca tendría llave y congelando la mejor de las sonrisas para no salirse del espejo. "¿Qué pasa que cada vez me parecés más pintarrajeada?", le había dicho la noche en que le mos-

tró la foto de *Vogue* con la modelo cara lavada —enterito celeste que ocultaba cualquier posible curva incipiente. La mujer de sus sueños, le había dicho. Y ella espío ese pelo engominado y casi desaparecido en el pequeño rodete de la nuca.

Ella, con su pelo afro serruchado a la altura de las orejas había sentido que se le desdibujaba aquel apretón de cintura. Vio a Daniel tan joven, con su despreocupado soltería de 27, miró otra vez la foto. A esa adolescente no la tendría relegada a encuentros clandestinos. La presentaría a sus amigos y compartiría desayunos impensables para una mujer como ella, con 34 años y la obligación de amanecer en su cama cada día por aquello de la imagen frente a los niños. Se vio levantándose y partiendo desordenada como quien quiere salirse del mundo por la ventana.

No contestaría el teléfono. Había ido bancando la sensación de pánico, de imparable caída. Se había morfado algún que otro desplante porque para él ella era única. Y lo había sido hasta anoche. "¿Que haces?", le dijo cuando se disponía a prender el cigarrillo de rigor. "¡Ah, no! Un poco está bien pero hasta cuando vas a seguir con esa costumbre. Me molesta el humo en el cuarto, si quieres fumlalo en el pasillo." Ahora le recumban las palabras y se ve sentada en el banquito bajo el marco de la puerta, en bolas y más boluta que nunca, se escucha preguntarle si la quiere mientras tira el humo del cigarrillo hacia el living.



EXPULSAR

Es uno de los más desconocidos escritores de la generación del '60. Publicó poemas ("Edad del tiempo", "Libro de las fogatas", "Jardín de adultos"), cuentos ("Por ahí cantaba Garay") y novelas ("Pata de palo", "El medio tango de Tony Hernández", "¿Dónde queda ese país"). Actualmente prepara un nuevo tomo de cuentos y dos de sus novelas permanecen inéditas. Colabora en "Play Boy", "Crisis" y en diarios y publicaciones del interior.

Por Ramón Plaza

Dije: "Quiero ir". En el coche éramos cinco. Quise mirar ese cielo de partida, grabar el instante en que el carro blanco se instaló en una ruta mojada, con absurda neblina. Los focos se reducían a rebajadas chispitas de luz. "La niebla no se comprime, tampoco se atraviesa, es un estado del mundo." Lo patético del reflexionar me puso de mal humor, como débil. Al rato, no sé por cuál ilusión del sueño, faltaban minutos para las cinco de la mañana, fabulé que la ruta era de tierra, polvosa a pesar del agua y el humo blanco que achiaba el contorno.

Tuve que preguntar si la ruta era asfaltada para convencerme de que no era de ripio o tierra. Las ruedas del auto chasqueaban de agua, parecían navegar dentro de un fuera de foco constante, ridículo.

El coche soplabla suave, alguien había explicado la razón de la hora: "El brujo de los huevos, sabes, se maneja con los 'Poderes nocturnos'". Entendí que estábamos protegidos, nada nos molestaría. Desde casa hasta el lugar, no eran más que quince minutos de marcha, tal vez veinte.

Debíamos atravesar un valle hermoso en la luz del día, de un verde purísimo que contagia de alegría el ánimo. Ahora no. Me pregunté si algún abismo de alta montaña nos alojara o no. El "no" llegó claro. Prendí un cigarrillo. Supe que hoy no moriríamos. Dos de los que iban —Sally, Héctor— ya habían estado allí. Su sensación frente al hecho de su nueva visita era una ilusión —vista desde mi eterno escepticismo— terapéutica, un ir para saber como se está, sin urgencia ni diablidades. Una versión de Freud en el subdesarrollo, me decía a mí mismo como para justificar mi asistencia.

Paramos el coche casi en la pueria. Parqueados ahí tres vehículos, dos camionetas y un coche. La casa estaba pintada de un azul verdoso miserable, al costado de la casa se veía, muy recordada, con perfiles nítidos, una preocupante lámina de luz. Como si fuera la sombra de un gran cuchillo de un fascinante poder luminoso.

La calle si era de tierra, y enfrente, un muro ruinoso anticipaba el abismo de una quebrada.

De la puerta surgió un negro de más o menos un metro ochenta, cara cuadrada, bigote oscuro y tenazmente recordado, ojos marrones de invisible y terco mirar.

El detalle más importante del rostro radicaba en la frente. Superficie amplia de cinco a siete centímetros de largo, recta y empinada hacia afuera, un balcón del cerebro semijaba. Pese a lo que se diga no daba impresión de inteligencia, sino de obcecación exaltada.

La mano me dio una pista: derivaba rápida, mientras hablaba, entre el muslo y la rodilla. Allí, colgando, al estilo de los cowboys, limitando con la rótula, una pistola. En su interior, presumo, una Colt de caño corto. Brilló había. La maligna lámina de luz golpeaba y hacía estrellar nuestros ojos en asombros y lucecias.

Luego del arma venía el uniforme de policía rural, por el modo de caminar, la charla cansina, la exhibición genital de ese cuerpo sobado y sobado, me hizo presumir que no sería fácil ver al brujo.

Nos dijo que no. "Ustedes deben irse. El brujo saldrá a la seis y media rumbo a Machachi, donde tiene una hacienda."

"Ajá —dije sin hablarlo—, brujo y rico, parece cosa de mandinga." Héctor y Sally nos alentaron: "Si quieren verlo, deben quedarse. A todos les dice lo mismo".

En realidad yo no entendía muy bien por qué estaba allí. Ni tampoco qué hacían cinco humanos medianamente cultos metidos dentro de una madrugada desconocida y, en su estilo, inclemente.

La idea del daño que nos hace "otro", en secreto, a oscuras, no estaba presente en mí. Pensaba, objetivamente, en los míos: no de aquí, casi gringos en un país generoso en ge-

neral, y duro, muy duro en particular. Sin protección, obligado por un contrato a trabajar en una empresa, sin la posibilidad inmediata de un cambio favorable en los próximos meses. El universo de preocupaciones se refería a daños concretos: un amigo que usa desvergonzadamente nuestro crédito, la dificultad de tener relaciones "queridas" donde los naturales son esquivos y desconfiados y los escasos compatriotas lucen un tono verdelástima terrible. Color que, tal vez para otros, también tenga nuestra imagen. Me perdí reflexionando sobre el drama del exilio voluntario. Qué significaba en propios y extraños esta voluntad de ir hacia cualquier parte. Repetir la historia de los padres, volver a un remoto paraíso perdido. Sonreí al recordar que el día antes, haciendo un trámite, al preguntárseme nacionalidad contesté: inmigrante.

Caminamos con Héctor un par de metros, quisimos internarnos al fondo de esa calle larga que parecía conducir recta hacia otro abismo. De un rumbo lejano estalló el tozo de avanzar de un camión sobre un repecho. Creí ver sus luces. La idea del día próximo nos cercaba. Era, sin duda, un amanecer distinto. Secos, sin alcohol, sin noche atrás, con sueño, maniatados por "poderes" que debían surgir de algún sitio. El "poder" no aparecía.

En cambio una sensación burguesa estallaba al chasquido de la puerta del auto cerrada con violencia.

El sonido, para la negra paz del lugar, estallaba alto, civilizadamente corrupto. Una intromisión salvaje a un mundo anterior, de ninguna manera nuestro.

Quisimos alejarnos de esa casa, caminar en un vago reconocimiento hacia una posible aunque lejana huida. "No se puede lastimar el silencio", pensé varias veces sin transmitirlo. Unos perros, valientes para el mutuo desconcierto, nos obligaron a retroceder en busca de las mujeres. La puerta se abrió nuevamente. El diálogo idéntico. Héctor se obstinó aconsejar espera. Nos sometimos.

Caminé hacia el muro de enfrente. Percibí cómo los "daños" que el brujo arrancaba de los cuerpos se estrellaban contra ese derruido escombro. Temí acercarme, supuse contagio.

Quise estar más cerca para ver y no adivinar qué había detrás.

Observé algunos caballos pastando, más lejos otro muro igualmente descompuesto cercado el límite del corral. Aquí, dije en voz alta, deben existir millones de ratas. Traté de verlas en la oscuridad. La noche devolvía olor a hierbas, aroma a silencio, ruidos y estallidos lejanos como el pelear de las estrellas. Raro: estaba intensamente tranquilo.

Al volver hacia el auto, en afán de hacer tiempo, miré nuevamente la casa. Descubrí que la descripción de casa resultaba un claro engaño. Era un castillo, con más precisión: una disimulada fortaleza. "Si es difícil entrar, más difícil será salir", deduje con lucidez de borracho. La puerta de hierro tenía centenares de equis labradas y curvadas sobre las barras centrales. Juego que se repetía en una segunda puerta de solidez también temible. Sin embargo, no daban idea de antetala, de espera. Parecían custodiar una caja fuerte. Pero ésta no era de dinero o de valores materiales, ¿serán las puertas del conocimiento?, deduje algo asombrado.

Luego de la primera entrada se ascendían cuatro escalones que daban a una galería alta, allí se abría la segunda puerta y esta a una arcada.

Como ambas eran de hierro forjado, dejaban ver el interior. Un objeto oblongo llamó mi atención varias veces. No pude discernir de qué se trataba. La galería también estaba protegida, en la parte limitrofe a la calle, un juego de cercas rojas de dos milímetros de espesor impedían, para quien lo intentase, un escalamiento con éxito.

Al fondo, mirando desde mi posición,

existía una ventana rectangular.

"Ese es el lugar donde opera el brujo", señaló explicando Héctor. La abertura brillaba roja. La intensidad me obligó a distraerme mirando hacia otra parte. El color era maligno, inclemente.

Alrededor de las seis de la mañana, el cielo se abría en claros que revelaban nubes grisáceas, el policía nos hizo pasar. Debimos mentir, las mujeres sobre todo.

El tener que inventar razones nos puso mal, nos ubicó en nuestra verdadera posición frente a la vida.

La superstición nos abandonaba y aparecía fea y desnuda la propia y repetida conducta.

En la alta galería miramos al cielo. Eran muchos "cielos" en realidad, nubes azules cortadas por próximas lluvias. Un monte que se enciende verde, festoneado por un musgo sucio con explosiones de niebla, topadoras y petróleo. Antes que nosotros había alrededor de seis o siete personas. Descubrí que la lámina de luz espectral que se divisaba desde afuera es el santuario de una virgen. Anoto en mi memoria: las flores son de plástico. El manto rojo, con un curvilíneo hilo de oro (grueso), tiene, además, incrustaciones color hielo seco, y detalles lindando (para mí) con el barroco del mal gusto. Esto no sólo me desagrada sino que coloca mi ánimo en el punto exacto donde se unen la depresión y el malhumor.

Insólitamente los bancos de madera son cómodos. El objeto oblongo que llamé mi atención desde la calle: un sombrero de policía rural. Como los que se ven en las películas usa la policía montada en Canadá, pero aquí. Como la luz no es buena imaginó que el sellito que tiene en la frente es la bandera de los piratas; las tibias cruzadas más la calavera espectral: "Qué menos para un brujo", supongo que pensé.

El policía insistía en su genitalidad ubicada en dos puntos opuestos del cuerpo: el sombrero, la pistola. O tocaba uno, introducía su mano luego de acariciar el ala, en la parte interior, o con uno de sus dedos, el mayor, lo hacía deslizarse por el interior del caño de la Colt. Repugnante.

Senti (supe) que en otra circunstancia, no en ese lugar, yo tendría problemas con el negro. De parte de las mujeres existía una actitud de sorpresa, lejana sorpresa, conocida sorpresa.

Seguía extrañamente tranquilo. Olía el peligro del negro, su sexualidad exaltada vaya a saberse por qué vapores, miré a Beatriz, seguramente alguna actitud de ella lo había alentado. El gorila me preocupaba sin meterme miedo. Aunque no sea cierto, intuía que todo hombre que anda con sus huevos al aire, de un modo obsceno, es un cobarde. El negro adivinó qué cosa yo estaba pensando. Pero la lucha (si tal combate se realizó, tengo mis dudas) no se desarrolló en el terreno casi neutral (en este caso) de valentía/cobardía, estaba más allá. El entendió que yo no sólo no tenía nada que defender, sino que perder. La mujer que estaba conmigo, al margen de sus afilados mimos, no era mujer para mí, entonces si no era para mí, no me importaba que fuera para otro o para nadie. Eso lo asustó. Se puso tonto cuando me levanté y lo encaré. En la frente del sombrero, además de un escudo con olor a falso, se dibujaban dos iniciales, de color marrón, hechas en un cuero fino. El trazado era interesante y en sus curvas, poderosas. Pero el centro de las letras, débil. Por ahí te meterán una bala, soñé. El también observó qué pensaba. Que fueran mis propias iniciales invertidas me dio aún más paz. Un ángulo de poder que yo no esperaba ganar tan fácilmente.

Algo le debo haber dicho con los ojos cuando hablamos. Seguro que en ese momento debió sentirse mal, o profundamente distraído. Ocuparlo era mi objetivo.

Volvía a los cómodos asientos de madera. Beatriz, afilando las uñas, se recostó en mi hombro, más tarde me di cuenta de que estaba



IMPULSAR EL DAÑO

Es uno de los más desconocidos escritores de la generación del '60. Publicó poemas ("Edad del tiempo", "Libro de las fogatas", "Jardín de adultos"), cuentos ("Por ahí cantaba Garay") y novelas ("Pata de palo", "El medio tango de Tony Hernández", "¿Dónde queda ese país"). Actualmente prepara un nuevo tomo de cuentos y dos de sus novelas permanecen inéditas. Colabora en "Play Boy", "Crisis" y en diarios y publicaciones del interior.

D Por Ramón Plaza
"Quiero". En el coche eramos cinco. Quise mirar ese cielo de partida, grabar el instante en que el carro blanco se insaló en una ruta mojada, con absurda neblina. Los focos se reducían a rebajadas chispas de luz. "La neblina no se comprime, tampoco se atravesaba, es un estado del mundo." Lo patético del reflexionar me puso de mal humor, como débil. Al rato, no se por qué ilusión del viento, fallaban minutos por las cinco de la mañana, fabulé que la ruta era de tierra, polvosa a pesar del agua y el humo blanco que achicaba el contorno.

Tuve que preguntarle si la ruta era señalada para convencerme de que no era de ripio o tierra. Las ruedas del auto chasqueaban de agua, parecían navegar dentro de un fuera de foco constante, ridículo.

El coche soplaban suave, alguien había explicado la razón de la hora: "El brujito de los huevos, sabes, se maneja con los 'Poderes ocultos'". Entendí que estábamos propiciados, nada nos molestaba. Desde entonces hacia el lugar, no eran más que quince minutos de marcha, tal vez veinte.

Debíamos atravesar un valle hermoso en la luz del día, de un verde purpúreo, con tagia de alegría y ánimo. Ahora no. Niebre gris, si algún abismo de alta montaña nos alojara o no. El "no" llegó claro. Prendí el cigarrillo. Supe que hoy no moriríamos. Dos de los que iban —Sally, Hector— ya habían estado allí. Su sensación frente al hecho de su nueva vida era una ilusión —vista desde mi eterno escepticismo— (terapéutica, un ir para saber cómo se está, sin urgencia ni diabolidad). Una versión de Freud en el subdesarrollo, me decía a mí mismo como para justificar mi asistencia.

Paramos el coche acá en la puerta. Parquedados ahí tres vehículos, dos camioneros y un coche. La casa estaba pintada de un azul verdoso miserable, al costado de la casa se veía la sombra de un gran cuchillo de un fascinante poder luminoso.

La calle si era tibia, y enfrente, un muro ruinoso anticipaba el abismo de una quebrada.

De la puerta surgió un grupo de niños y me uno metro ochenta, cara cuadrada, bigote oscuro y tenazmente recordado, ojos marcados de invisible y terco mirar.

El detalle más importante del rostro radicaba en la frente. Superficie amplia de cinco a siete centímetros de largo, recta y empinada hacia afuera, un balcón del cerebro se alzaba. Pese a lo que se diga no daba impresión de inteligencia, sino de obcecación evidente.

La mano me dio una pizca. derivaba rápida, mientras hablaba, entre el muslo y la rodilla. Allí, colgando, al estilo de los cowboys, imitando con la rótula, una pistola. En su interior, presumo, una Colt de caño corto. Brilló habia. La maligna lámina de luz golpeaba y hacía estruendo nuestros ojos en asombros y histeria.

Luego del arma venía el uniforme de policía rural, por el modo de caminar, la charra cansina, la exhibición general de escuero cuando se iba a prescribir que no nosotras fias por al brujito.

No dijo que no. "¿Ustedes deben irse? El brujito saldrá a la seis y media rumbo a Machachi, donde tiene que hacer un negocio." "Aja" —dijo sin hablarlo— brujito y rico, parece cosa de mandinga." Hector y Sally nos alentaron: "Si quieren volver, debien quedarse." A todos les dice lo mismo.

En realidad yo no sentí muy bien por qué estaba ahí. Ni tampoco qué hacían cinco humanos medianamente cultos metidos dentro de una madrugada desconocida, en su estilo, ineluctable.

La rifa del dato que nos hace "otro", en secreto, a otros, no estaba presente en mi. Penúltimo, objetivamente, en los míos: no de aquí, casi gringos en un país generoso en ge-

neral, y duro, muy duro en particular. Sin protección, obligado por un contrato a trabajar en una empresa, sin la posibilidad inmediata de un cambio favorable en los próximos meses. El universo de preocupaciones se refería a daños concretos: un amigo que una desvergazonadamente nuestro crédito, la dificultad de tener relaciones "queridas", donde los naturales son esquivos y desconfiados y los escasos compatriotas lucen un tono verdolusísimo terrible. Color que, tal vez para otros, también tenga nuestra imagen. Me perdí reflexionando sobre el drama del exilio voluntario. Qué significaba en propios y extraños esta voluntad de ir hacia cualquier parte. Repetir la historia de los padres, volver a un remoto paraíso perdido. Sonreí al recordar que el día anterior, haciendo un trámite, al preguntárseme nacionalidad contesté: inmigrante.

Caminamos con Hector un par de metros, quisimos internarnos al fondo de esa calle larga que parecía conducir hacia otra abismo. De un rumbo lejano estalló el tozudo avanzar de un camión, sobre un repecho. Creí ver sus luces. La idea del día próximo, nos cercaba. Hacia, sin duda, un amanecer distinto. Secos, sin alcohol, sin noche atrás, con sueño, maldadados por "poderes" que debían surgir de algún sitio. El "poder" no aparecía.

En cambio una sensación burguesa estallaba al chasquido de la puerta del auto cerrada con violencia.

El sonido, para la negra paz del lugar, escallaba alto, civilizadamente corrupto. Una intromisión salvaje a un mundo anterior, de ninguna manera nuestro.

Quisimos alejarnos de esa casa, caminar en un vago reconocimiento hacia una posible aunque lejana vida. "No se puede lastimar al silencio", pensé varias veces sin transmitirlo. Unos perros, valientes para el muto desconcierto, nos obligaron a retroceder en busca de las mujeres. La puerta se abrió nuevamente. El diálogo idéntico. Hector se obvió aconsejar espera. Nos sometimos.

Caminé hacia el muro de enfrente. Percibí cómo los "danos" que el brujito arrancaba de los cuerpos se estrechaban contra ese derruido escorbo. Temí acercarme, supuse contagio.

Quise estar más cerca para ver y no adivinar que había detrás.

Observé algunos caballos pastando, más lejos otro muro igualmente descompuesto cercado el límite del corral. Aquí, dije en voz alta, deben existir millones de ratas. Traí de veritas en la oscuridad. La noche devolvía olor a hierbas, aroma a silencio, ruidos y estallidos lejanos como el pelar de las estrellas. Raro: estaba intensamente tranquilo.

Al volver hacia el muro, en año de hacer tiempo, miré nuevamente la casa. Descubrí que la descripción de casa resultaba un claro engaño. Era un castillo con más precisión: una distorsión, una mala alia. El "no" se diluía, como si yo no sólo no tenía nada que defender, sino que perder. La mujer que estaba conmigo, al margen de sus afiliados míos, no era mujer para mí, entonces sí era para mí, no me importaba que fuera para otro o para nadie. Eso lo asustó. Se puso onto cuando me levanté y lo encare. En la frente del sombrero, además de un escudo con olor a falso, se dibujaban otros rostros, de color marón, hechas en un cuerpo fino. El trazado era interesante y en sus curvas, poderoso. Pero el centro de las letras, débil. Por ahí se meterán una bala, soné. El también observé que pensaba. Que fueran mis propias iniciales invertidas me dio aún más paz. Un ángulo de poder que yo no esperaba ganar tan fácilmente.

Algo le debo haber dicho con los ojos cuando hablamos. Seguro que en ese momento debí sentirme mal, o prolongamente distraído. Ocuparlo era mi objetivo.

Volvía a los cómodos asientos de madera. Beatriz, afilando las uñas, se recostó en mi hombro, más tarde me di cuenta de que estaba

existía una ventana rectangular.

"Ese es el lugar donde opera el brujito", señaló explicando Hector. La abertura brillaba roja. La intensidad me obligó a distraerme mirando hacia otra parte. El color era maligno, ineluctable.

Alrededor de las seis de la mañana, el cielo se abrió en claros que revelaban nubes grises, el policía nos hizo pasar. Debimos mentir, las mujeres sobre todo.

El tener que inventar razones nos puso mal, nos ubico en nuestra verdadera posición frente a la vida.

La superstición nos abandonaba y aparecía fca y desnuda la propia y repetida conciencia.

En la alta galería miramos al cielo. Eran muchos "cielos" en realidad, nubes azules cortadas por próximas lluvias. Un monte que se enciende verde, festoneado por un musgo sucio con explosiones de niebla, ropadoras y petróleo. Antes que nosotros habia alrededor de seis o siete personas. Descubrí que la lámina de luz espectral que se divisaba avanzaba de alura es el sanatorio de una virgen. Anoto en mi memoria: las flores son de plástico. El manto rojo, con un curvulneo hilo de oro (grueso), tiene, además, incrustadas en color hiebo seco, y detalles lindando (para mí) con el barroco del mal gusto. Eso no sólo me desagrada sino que coloca mi ánimo en el punto exacto donde se unen la depresión y el malhumor.

Insolentemente los bancos de madera son cómodos. El objeto oblongo que llamó mi atención desde la calle: un sombrero de policía rural. Como los que se ven en las películas usa la policía montada en Canadá, pero aquí.

Como la luz no es buena imagino que el sellito que tiene en la frente es la bandera de los piratas: las ribas cruzadas más la calavera espectral. "Qué menos para un brujito", supongo que pensé.

El policía insistía en su genialidad ubidada en dos puntos opuestos del cuerpo: el sombrero, la pistola. O tocaba uno, introducía su mano luego de acariciar el ala, en la parte interior, o con uno de sus dedos, el mayor, lo hacía deslizar por el interior del caño de la Colt. Repugnante.

Sentí (supo) que en otra circunstancia, no en ese lugar, yo tendría problemas con el negro. De parte de las mujeres existía una actitud de sorpresa, lejana sorpresa, conocida sorpresa.

Seguía elegantemente tranquilo. Olla el peligro del negro, su sexualidad exaltada vaya a saberse por qué vapores, miré a Beatriz, seguramente alguna actividad de ella lo había inventado. El gorila me preocupaba sin verme miedo. Aunque no sea cierto, intuía que todo hombre que anda con sus huevos al aire, de un modo obscuro, es un soñado. El negro advierte que cosa yo estaba pensando. Pero la luz (si la tal combato se realizo, tengo mi duda) no se desarrolló en el terreno casi neutral (en este caso) de valentía, distorsión, estado más allá. El "no" se diluía, como si yo no sólo no tenía nada que defender, sino que perder. La mujer que estaba conmigo, al margen de sus afiliados míos, no era mujer para mí, entonces sí era para mí, no me importaba que fuera para otro o para nadie. Eso lo asustó. Se puso onto cuando me levanté y lo encare. En la frente del sombrero, además de un escudo con olor a falso, se dibujaban otros rostros, de color marón, hechas en un cuerpo fino. El trazado era interesante y en sus curvas, poderoso. Pero el centro de las letras, débil. Por ahí se meterán una bala, soné. El también observé que pensaba. Que fueran mis propias iniciales invertidas me dio aún más paz. Un ángulo de poder que yo no esperaba ganar tan fácilmente.

Algo le debo haber dicho con los ojos cuando hablamos. Seguro que en ese momento debí sentirme mal, o prolongamente distraído. Ocuparlo era mi objetivo.

Volvía a los cómodos asientos de madera. Beatriz, afilando las uñas, se recostó en mi hombro, más tarde me di cuenta de que estaba



mal sentido, mal puesto.

Pues nosotros, en vez de hacer un cerco donde los extremos fuesen Hector y yo, nos sentamos de un modo que obligamos a las mujeres ser los extremos: Flori y Sally a la izquierda de Hector, Beatriz a mi derecha.

El policía algo sabía de estrategia o del simple joder al otro, se ubicó al lado de Beatriz. Lo miré: jugaba con el sombrero, manoseaba la Colt. El calor de los dedos era roso fuerte. Miró a boca no, no había bebido, sin embargo un "tomar" de lo ajeno lo obsesionaba.

En el grupo existía cohesión, una sensación inquieta y de espera. Un alier vago indicaba que en la misma dirección donde se había sentado el policía, también estaba el brujito. Le dimos fuego (yo). Lo hice sonriendo, provocando dificultades con el fosforo, obligándolo a bajar la cabeza. De ese modo empuje un error de Beatriz: ella le había convidado el cigarrillo.

Era obvio que Beatriz quería provocar una situación de violencia. Como yo lo supe desde el inicio, decidí vencer en la pulseada, sin tocarlo, demostrarle sólo una cosa: era un cobarde. Y eso para mí era poco, algo pa-pardito a estar enfrente de la mano marón.

Diplomáticamente, comencé a charlar con Hector. Hablamos de su próximo viaje.

Mientras reflexionaba, algo sucedió a mi derecha entre Beatriz y el negro, pero mi decisión era anterior. Yo no permitiría algo que para mí, de ningún modo, estaba en disputa.

Dijo Hector, yo no lo vi, que negro (ella lo confirmó más tarde) apoyó una de sus manos en las rodillas de Beatriz.

De haberlo visto no hubiera reaccionado con inteligencia, sino con irritación y violencia. El no verlo evitó una pelea que presumo terminaría con el negro triunfante, su Colt en la mano, humante. Testigos presenciales, y Beatriz que esa noche, la próxima, caminaría hacia la casa del negro, con la sumisión de las mujeres blancas ante la sexualidad africana. La suponen más vibrante. Tal vez no se equivocaron.

Se decidió sin ansiedades que primero entraríamos Flori, yo, luego Sally y Hector, por último Flori.

Avancé, avanzamos. Le di la espalda al negro, pero antes, lo atropellé. Le di un codazo y no me di vuelta. Beatriz si siquiera observó cómo me reía.

Abrió la puerta. La habitación primera era una sala, al lado una réplica del oratorio de entrada. Giramos en dirección al altar. Un poco más a la derecha un cuarto con bóveda arco de medio punto, densaduras de coodrillo. El huevo surge limpio. La operación se repite dos veces más. El brujito comienza a reptar sobre las claras y las yemas.

La impresión es que los huevos son una ficción. El está manipulando mi cerebro, destrabando neuronas, ocupándose de la glucosa, aiando circunvalaciones. Pasando sus manos de un hemisferio cerebral a otro.

Se que mi voluntad está dispersa y no intento oponerme. Intuyo que no habrá dato.

El brujito, lentamente, va extrayendo de esa masa escarlata. (Por qué será enc/áliz? me digo mirando su trabajo). El desorden de mi cabeza es coherente y disciplinario. Un cuidadoso revólver buscando las zonas altas, ubico la nuca, el centro de la voluntad, el corazón, la memoria. Brotan pedruzcos de una roca color blanca. Bruto como gemas cr. esa luz. La más grande tiene el tamaño de un diamante jgón. Pone esa joya en mi mano. Ordena: "Pruebla".

Tardó en obedecer, miro mi cerebro volcado en el plato, y de allí extraño una lejana voluntad. Tiene gusto a acibar, a sal mineral tal vez. La repulsi6n es magnífica.

Dice: "Todo lo que usted gana —señala a Beatriz— lo gasta. Usted debe ser rico. Los datos le hacen. Mejorará, andará bien. La curación demorará de seis meses a un año; sanará".

pregunto cuánto debo y pago. Salimos. Me encuentro radiante con ganas de creer. Beatriz está ahí, con la cara agredida y brumosa. Charlamos poco, incoherentemente.

Esperamos. Cada uno pregunta al otro cómo me fue. A Hector pedazos negros que su unificación en la Seta, sal, pero esto no me suena raro porque está decidido en el nombre. A Flori, pedazos negros y sangre y un trabajo: debe volver. Su curación no está terminada. "Parece", ordena. Sin comentario, pidiendo ayuda con gestos, logra que Beatriz afloje su ropa: el cíno del pantalón, los botones de la camisa. Luego logra que Beatriz introduzca los tres huevos que ha traído en la parte exterior de la pelvis, sobre la entrada de la vagina. (Aja, me digo, el asunto es con las aberturas). Después ordena que se los frote como si se estuviera lavando.

Con uno de ellos (ya utilizado) se da vuelta hacia mí y sobre una mesa (enorme para lo pequeño de la habitación, vi cómo la mesa emergía de un lugar desconocido, como si antes jamás hubiera estado) donde ahora hay cuatro velas encendidas. En ese momento descubro que toda la luz del lugar emerge de ellas. Una quinta vela aparece encendida en un fuere de foco. Entonces, como riéndose de mi creciente pánico, enciende la luz eléctrica y abre un vitropiel Comercio, el suplemento de los domingos, justo en la página donde hay un texto mío, una foto que ríe con mi cara. El Brujo me mira como diciéndome: "¿Que otra cosa quieres que diga de mí?"

Rompe el primer huevo. La visión es horrorosa. Del interior surge, además de la yema, un pedazo negro (arabá aplastado, es-cuero, en descomposición, la caricia sobre la pierna de Beatriz hecha por el negro, jugo de rancha color petróleo. Soldados pedazos de vómito monstheros, algunos diminutos. Del tercer: idilias en descomposición, isilias negras navegando en un mar amarillo, pedazos de rocas. De un solo movimiento, algo dice con ella que yo no entiendo, un bollo de estar enfrente de la mano marón, que lo único que queda expuesto y claro del arrugado papel es mi foto y las claras letras de mi nombre y apellido. Lo arroja a otro lugar, no al de las velas, se un bastardo que también parece brotar de una oscuridad que se hace compacta, a pesar de la brillante luz.

—Ya estará bien señora —dice— y le da un largo, intenso beso en la boca. Avanto, pues ha llegado mi turno. La misma invocación. Al tomarme la mano dice:

—Usted está muy salado.

Y luego murmura algo que luego, por repetición, entiendo. Me levanta la ropa, ordena que me pare, manda que me siente. Coloca los huevos sobre la alva pelvis, me da un beso estremecedor en la cintura, más bien me chupa, me indica que pare los huevos por ahí. Luego que los envuelva con mi seno y los testículos. Obedece. Luego pide que saque la lengua y tome uno de los huevos y los humedece con la saliva.

Murmura cosas ininteligibles en mi oído. Toma un huevo, antes lo arranca de donde lo ha ubicado (la axila). Con gran cercadomío lo rompe mirándose a los ojos, haciéndome doler con esa mirada el rostro. Antes de abrirlo, me da un chupón en la boca.

Me fantasma me decía que del interior del huevo saldrían escuerzas blancas rosc, un dragón con boca de bonella, tres murciélagos, una ballena, densaduras de coodrillo. El huevo surge limpio. La operación se repite dos veces más. El brujito comienza a reptar sobre las claras y las yemas.

La impresión es que los huevos son una ficción. El está manipulando mi cerebro, destrabando neuronas, ocupándose de la glucosa, aiando circunvalaciones. Pasando sus manos de un hemisferio cerebral a otro.

Se que mi voluntad está dispersa y no intento oponerme. Intuyo que no habrá dato.

El brujito, lentamente, va extrayendo de esa masa escarlata. (Por qué será enc/áliz? me digo mirando su trabajo). El desorden de mi cabeza es coherente y disciplinario. Un cuidadoso revólver buscando las zonas altas, ubico la nuca, el centro de la voluntad, el corazón, la memoria. Brotan pedruzcos de una roca color blanca. Bruto como gemas cr. esa luz. La más grande tiene el tamaño de un diamante jgón. Pone esa joya en mi mano. Ordena: "Pruebla".

Tardó en obedecer, miro mi cerebro volcado en el plato, y de allí extraño una lejana voluntad. Tiene gusto a acibar, a sal mineral tal vez. La repulsi6n es magnífica.

Dice: "Todo lo que usted gana —señala a Beatriz— lo gasta. Usted debe ser rico. Los datos le hacen. Mejorará, andará bien. La curación demorará de seis meses a un año; sanará".

pregunto cuánto debo y pago. Salimos. Me encuentro radiante con ganas de creer. Beatriz está ahí, con la cara agredida y brumosa. Charlamos poco, incoherentemente.

Esperamos. Cada uno pregunta al otro cómo me fue. A Hector pedazos negros que su unificación en la Seta, sal, pero esto no me suena raro porque está decidido en el nombre. A Flori, pedazos negros y sangre y un trabajo: debe volver. Su curación no está terminada. "Parece", ordena. Sin comentario, pidiendo ayuda con gestos, logra que Beatriz afloje su ropa: el cíno del pantalón, los botones de la camisa. Luego logra que Beatriz introduzca los tres huevos que ha traído en la parte exterior de la pelvis, sobre la entrada de la vagina. (Aja, me digo, el asunto es con las aberturas). Después ordena que se los frote como si se estuviera lavando.

Con uno de ellos (ya utilizado) se da vuelta hacia mí y sobre una mesa (enorme para lo pequeño de la habitación, vi cómo la mesa emergía de un lugar desconocido, como si antes jamás hubiera estado) donde ahora hay cuatro velas encendidas. En ese momento descubro que toda la luz del lugar emerge de ellas. Una quinta vela aparece encendida en un fuere de foco. Entonces, como riéndose de mi creciente pánico, enciende la luz eléctrica y abre un vitropiel Comercio, el suplemento de los domingos, justo en la página donde hay un texto mío, una foto que ríe con mi cara. El Brujo me mira como diciéndome: "¿Que otra cosa quieres que diga de mí?"

EL DAÑO



mal sentado, mal puesto.

Pues nosotros, en vez de hacer un cerco donde los extremos fuesen Héctor y yo, nos sentamos de un modo que obligamos a las mujeres ser los extremos: Flori y Sally a la izquierda de Héctor, Beatriz a mi derecha.

El policía algo sabía de estrategia o del simple joder al otro, se ubicó al lado de Beatriz. Lo miré: jugaba con el sombrero, manoseaba la Colt. El calor de los dedos era rosado fuerte. Miré su boca: no, no había bebido, sin embargo un "tomar" de lo ajeno lo obsesionaba.

En el grupo existía cohesión, una sensación inquieta y de espera. Un alerta vago indicaba que en la misma dirección donde se había sentado el policía, también estaba el brujo. Le dimos fuego (yo). Lo hice sonriendo, provocando dificultades con el fósforo, obligándolo a bajar la cabeza. De ese modo empaté un error de Beatriz: ella le había convidado el cigarrillo.

Era obvio que Beatriz quería provocar una situación de violencia. Como yo lo supe desde el inicio, decidí vencer en la pulsera, sin tocarlo, demostrarle sólo una cosa: era un cobarde. Y eso para mí era poco, algo parecido a estar enfermo de la peor manera.

Displícitamente, comencé a charlar con Héctor. Hablamos de su próximo viaje.

Mientras reflexionaba, algo sucedió a mi derecha entre Beatriz y el negro, pero mi decisión era anterior. Yo no pelearía algo que para mí, de ningún modo, estaba en disputa. Dijo Héctor, yo no lo vi, que el negro (ella lo confirmó más tarde) apoyó una de sus manos en las rodillas de Beatriz.

De haberlo visto no hubiera reaccionado con inteligencia, sino con irritación y violencia. El no verlo evitó una pelea que presumo terminaría con el negro triunfante, su Colt en la mano, humeante. Testigos presenciales, y Beatriz que esa noche, la próxima, caminaría hacia la casa del negro, con la sumisión de las mujeres blancas ante la sexualidad africana. La suponen más vibrante. Tal vez no se equivocan.

Se decidió sin ansiedades que primero entraríamos Beatriz y yo, luego Sally y Héctor, por último Flori.

Avancé, avanzamos. Le di la espalda al negro, pero antes, lo atropellé. Le di un codazo y no me di vuelta. Beatriz ni siquiera observó cómo me reía.

Abrió la puerta. La habitación primera era una sala, al lado una réplica del oratorio de entrada. Giramos en dirección al altar. Un poco más a la derecha un cuarto con bóveda en arco de medio punto. Un espacio pequeño, alto no más grande que un confesionario. En su interior, su majestad, "El Brujo".

Calculé que no tendría más de 50 años, robusto, me costaba verlo. No debía medir, exagerando, la visibilidad escasa, más de un metro sesenta y cinco o sesenta y siete.

Tenía la piel quemada. Cuero de zapato marrón lustrado, y arrugas. Las mismas que suceden con un calzado usado. Desde mi no llenaba la expectación del brujo como describe Castañeda a "Don Juan". Flaco, fibroso, de ojos vivos, con un áurea que le pertenece. No pude verle con la exactitud de mi deseo. Lo pequeño de la habitación lo convertía, por ser quien la ocupaba, en invisible.

La sensación era de un asco agobiante. Y por contradicción supuse que los "invisibles" éramos nosotros. El nos veía, y al vernos, nos ocultaba. Cuando cotejé mis recuerdos con los de Beatriz, ella me dijo: "Cómo no le viste los ojos, llenaban todo el cuarto".

Hizo un gesto perentorio con la mano, preguntó por sus cigarrillos (una de las formas de pago) y si habíamos traído velas. Las que llevábamos le parecieron impropias y en el caso de Beatriz le pidió que las pasara por la suela de sus botas; en el mío, las arrojó solennemente a la basura.

Rincón que pareció emerger de la oscuridad.

Tomó la mano de Beatriz e invocó: "En el nombre de Cristo pregunto si la señora (pregunta el nombre) Beatriz tiene algún daño. Concédenme la concentración necesaria (palabras en latín, ¿se trata de un ex estudiante de cura o de un monaguillo aventajado?). Si, tiene daño señora. De dónde es". "Del norte", responde. "Párese", ordena. Sin miramiento, pidiendo ayuda con gestos, logra que Beatriz afloje su ropa: el cinto del pantalón, los botones de la camisa. Luego logra que Beatriz introduzca los tres huevos que ha traído en la parte extrema de la pelvis, sobre la entrada de la vagina. (Ajá, me digo, el asunto es con las aberturas.) Después ordena que se los frote como si se estuviera lavando. Con uno de ellos (ya utilizado) se da vuelta

hacia mí y sobre una mesa (enorme para lo pequeño de la habitación, vi cómo la mesa emergía de un lugar desconocido, como si antes jamás hubiera estado) donde ahora hay cuatro velas encendidas. En ese momento descubro que toda la luz del lugar emerge de ellas. Una quinta vela aparece encendida en un fuera de foco. Entonces, como riendo de mi creciente pánico, enciende la luz eléctrica y abre un ejemplar del Comercio, el suplemento de los domingos, justo en la página donde hay un texto mío, una foto que rie con mi cara. El Brujo me mira como diciendo: "¿Qué otra cosa quieres que diga de tí?".

Rompe el primer huevo. La visión es horrorosa. Del interior surge, además de la yema, un pedazo negro (araña aplastada, escuerzo en descomposición, la caricia sobre la pierna de Beatriz hecha por el negro, jugo de rata molida). Del segundo, una serie de manchas color petróleo. Sólidos pedazos de vómito montañoso, algo más diminutos. Del tercero: islas en descomposición, islas negras navegando en un mar amarillo, pedazos de rocas. De un solo movimiento, algo dice con ella que yo no entiendo, hace un bollo con el papel. De tal modo lo efectúa, que lo único que queda expuesto y claro del arrugado papel es mi foto y las claras letras de mi nombre y apellido. Lo arroja a otro lugar, no al de las velas, un basurero que también parece brotar de una oscuridad que se hace compacta, a pesar de la brillante luz.

—Ya estará bien señora —dice— y le da un largo, intenso beso en la boca. Avanzo, pues ha llegado mi turno. La misma invocación. Al tomarme la mano dice:

—Usted está muy salado. Y luego murmura algo que luego, por repetición, entiendo. Me levanta la ropa, ordena que me pare, manda que me siente. Coloca los huevos sobre la alta pelvis, me da un beso estremecedor en la cintura, más bien me chupa. Indica que pase los huevos por allí. Luego que los envuelva con mi sexo y los testículos. Obedezco. Luego pide que saque la lengua y tome uno de los huevos y los humedezca con la saliva.

Murmura cosas ininteligibles en mi oído. Toma un huevo, antes lo arranca de donde lo ha ubicado (la axila). Con gran ceremonia lo rompe mirándose a los ojos, haciéndome doler con esa mirada el rostro. Antes de abrirlo, me da un chupón en la boca.

Mi fantasía me decía que del interior del huevo saldrían escuerzos bailando rock, un dragón con boca de doncella, tres murciélagos, una ballena, dentaduras de cocodrilo. El huevo surge limpio. La operación se repite dos veces más. El brujo comienza a trabajar sobre las claras y las yemas.

La impresión es que los huevos son una ficción. El está manoseando mi cerebro, destruyendo neuronas, ocupándose de la glucosa, atando circunvalaciones. Pasando sus manos de un hemisferio cerebral a otro.

Sé que mi voluntad está dispersa y no intento oponerme. Intuyo que no habrá daño.

El brujo, lentamente, va extrayendo de esa masa encefálica. (Por qué será encefálica? me digo mirando su trabajo.) El desorden de mi cabeza es coherente y disciplinario. Un cuidadoso revolver buscando las zonas altas, ubico la nuca, el centro de la voluntad, el corazón, la memoria. Brotan pedacitos de una roca color blanca. Brillan como gemas er. esa luz. La más grande tiene el tamaño de un diente joven. Pone esa joya en mi mano. Ordena: "Pruébela".

Tardo en obedecer, miro mi cerebro volcado en el plato, y de allí extraigo una lejana voluntad. Tiene gusto a acibar, a sal mineral tal vez. La repulsión es magnífica.

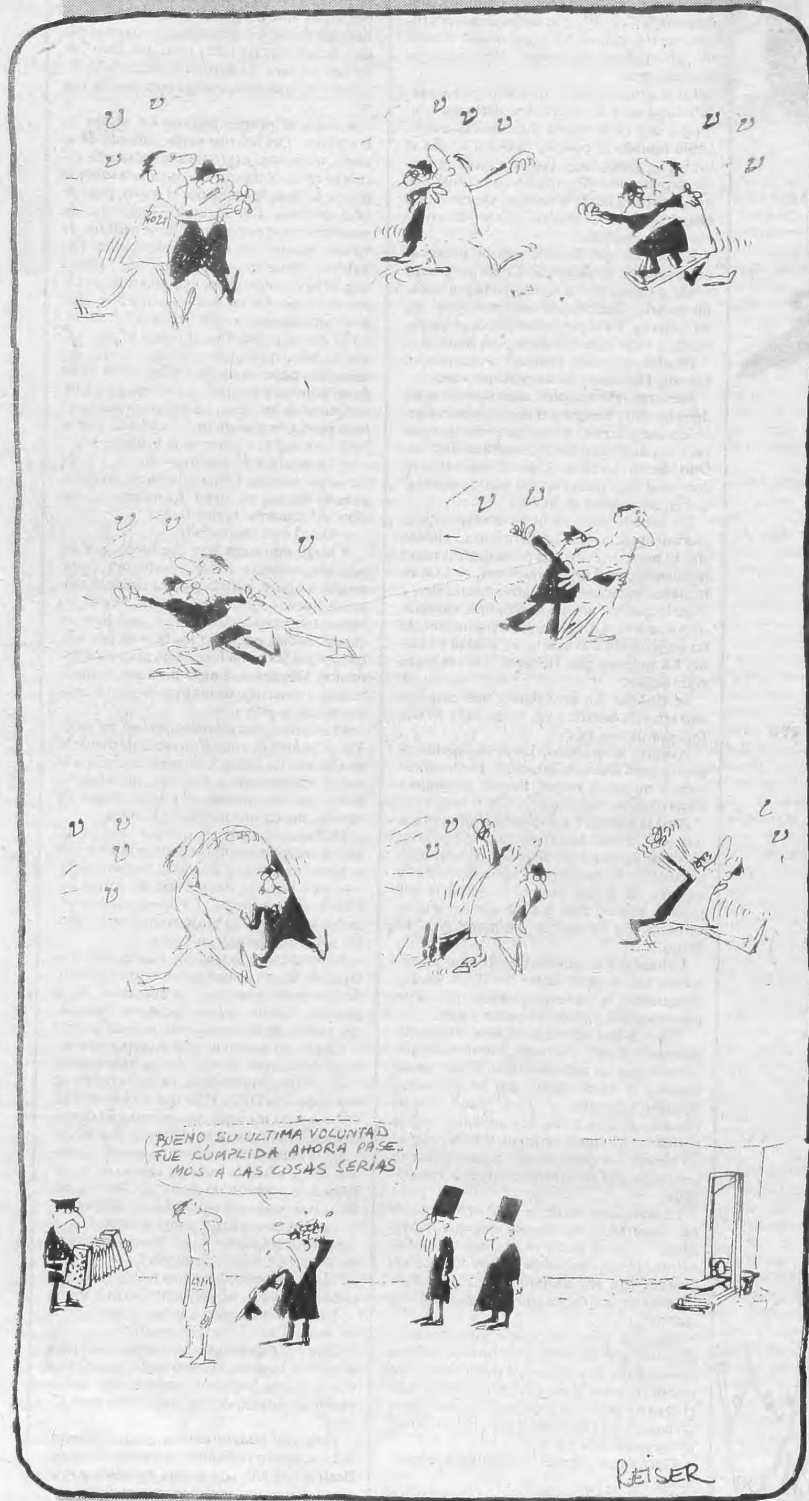
Dice: "Todo lo que usted gana —señala a Beatriz— lo gasta, ése es el mal que todos los días le hacen. Mejorará, andará bien. La curación demorará de seis meses a un año; sanará".

Pregunto cuánto debo y pago. Salimos. Me encuentro radiante y con ganas de creer. Beatriz está ahí, con la cara agredida y brumosa. Charlamos poco, incoherentemente.

Esperamos. Cada uno pregunta al otro cómo le fue. A Héctor pedazos negros que su imaginación aumenta. A Sally, sal, pero esto no me suena raro porque está decidido en el nombre. A Flori, pedazos negros y sangre y un trabajo: debe volver. Su curación no está terminada, su "mal" necesita de otra visita.

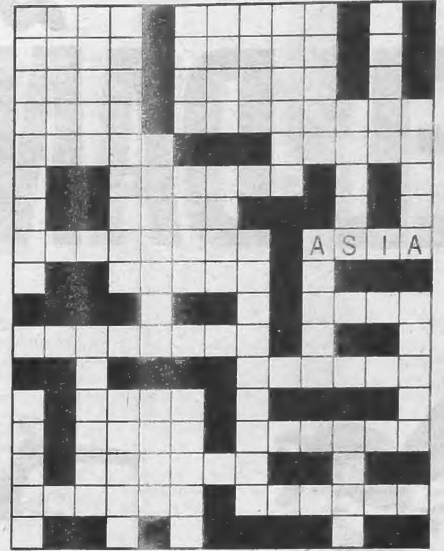
Nos vamos. Es de día. El sol brilla entrecortadamente. No hace frío hoy en ese lugar alto de América. El "Brujo", me dicen, se llama Panchito.

El lugar lo he olvidado. Aquí, digo, se pierde fácilmente la memoria. La ruta es sólida de un feo color gris. Volvemos. No hay niebla, el camino luce despejado. Soy el único que sonríe.



ACOMODO Por A. Freire

Coloque las palabras de manera que se crucen.



4 LETRAS: AREL - **ASIA** - ATEs - BODA - CARA - CERO - EROS - GRIS - IMAN - LANA - MASA - ONAS - ORAN - ORIN - RICA - URAL.
5 LETRAS: ABACO - ALETA - APTOS - ARARA - ARGON - EDEMA - GORRA - NASOS - NOPAL - OMASO - OSADO - PRISA - RASAS - REMOS - SOTAS - SUAVE - TOROS. 6 LETRAS: ALARDE - ANICOS - COMUNA - GULOSA - OMITIR - PRECOZ - RANCIA - SAZONA. 7 LETRAS: SUMEMOS. 8 LETRAS: AZUCENAS - REPOSADO - SALUDARA. 9 LETRAS: ANALOGICO - COMUNICAR - SOBORNARA.

LA REVISTA DE LAS SOPAS DE LETRAS

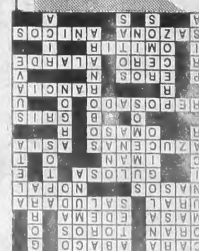
Sopilandia

INGENIO PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar el diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se toman en cuenta.) La palabra buscada sólo usa letras que figuran en el diagrama.

V	E	L	O	Z	1
C	O	L	O	R	2
J	A	B	O	N	2
H	A	B	A	S	2
C	R	I	A	N	3

Solución



es calien.
SOLUCION:
La palabra oculta